

70 años y años 70

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.
70 años y años 70. Crónica poética de una fiesta. 2025.

Domenech, María Tamara
70 años y años 70 / María Tamara Domenech. -1a ed-
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Tiempo Dorado, 2025.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-631-90601-6-4

1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

“El hablar repara”.
Albert Camus*

*Camus, A. (1978). El hombre rebelde. p. 14. Buenos Aires: Losada.

Previa

Llegás cansado del trabajo y te acostás.
Estoy con el tiempo ajustado, digo algo así no más
y avanzo en mis cosas.

Al rato te despertás
y me preguntás si tenemos pegamento para el regalo y dónde está
yo no quiero responder
tengo tanto calor
que, al pasar, en voz baja, digo, “fijate arriba, en mi cajón”
y cierro la puerta del baño para ducharme.

Cuando me termino de bañar
escucho tu voz pero, como hay una puerta de por medio,
no sé si es para preguntarme o comentarme algo.
La abro y me explicás
que salís a comprar lo que no había o no encontraste.
Entonces, te pido que me esperes
porque yo también tengo que hacer unos mandados
y en un rato volvemos a vestirnos para la fiesta.

Llego primero y vos después.
Con este día podría quedarme tirada en el sillón con el aire acondicionado
pero no,
te lo prometí, te voy a acompañar.

Me pruebo un vestido de mi mamá,
en los años 80 ella tenía 30 años.
Tiene pechera negra, la falda roja con flores
y un lazo en la cintura.
Me gusta, excepto por el escote.
Hace 20 años atrás lo había mandado a arreglar
pero, de tanto tiempo guardado, se ve que se sintió traicionado
y se volvió a estirar.
Me siento atractiva e incómoda.

Entonces dudo
y te pregunto si no será mejor que me ponga el que usé
para el 31
o
el enterito negro, tan gastado y elegante.
Me decís que no.
Que mejor lleve algo nuevo,

que ya sabemos que es viejo
y, en todo caso, busque un broche.

Hablo con nuestra hija
y en un minuto coloca un alfiler de gancho
entre los omóplatos y el cuello,
había que tomarlo de arriba
y, mientras ejecuta una pinza,
comenta, “soltate el pelo, así la disimulás,
soltate,
no sos siempre una profesora”.

Vos te pusiste un pantalón color beige
y no sabés si combinarlo con una camisa celeste
verde agua
una remera blanca
o negra.
Te digo que descartes la primera opción porque es de manga larga
la segunda, también porque los colores se apagan entre sí
la tercera queda bien, pero para salir a la tarde
y te ponés la negra.
Como nuestro hijo terminó tu perfume importando
vas al baño y querés ponerte el mío.
Te pido que no.
No quiero que huelas como yo.

Salimos

Y mientras viajamos hacia la casa de tu amigo
te pregunto si se te pasó el mareo de la mañana
y me decís que sí
que ocurrió cuando recordaste lo que significaba
volver al trabajo:
puertas cerradas
policías vigilando el interior vacío
del otro lado de cada una de ellas
sin compañeros.

Después de pasar Warnes
te pregunté por qué te molestaba no quedarnos
a dormir en la casa de una amiga en Uruguay
y respondiste, “nosotros en el exilio vivíamos juntos”
y te contesto que es comprensible, pero eso ya pasó
hace más de 40 años

que este es otro viaje
otro tipo de estadía.
Vos querés que nuestros hijos conozcan a quienes fueron tu familia
Yo siempre preferí encontrármela a veces,
de a poco.

Me gusta el tablero del auto.
La comunicación con luces entre dos seres.

Te veo cansado y alegre.

Bajo el espejo del lado del acompañante
y le doy la razón a nuestra hija
cuando dice que no es lo mismo maquillarse así no más
a dedicarle un tiempo a cada detalle
sobresale el rostro
como si fuera una galaxia.

Estacionás en doble fila y me pedís,
“tendrías que ir atrás porque tengo que correr el asiento
para que pueda entrar.”

Y también,
“¿podrías sostener el regalo que está recién pegado?”

Pasamos a buscar

A tu amigo con gorra, chomba, pantalón de jean y zapatillas.
Luce joven a los 82 años.
Baja acompañado de su mujer
que lo sostiene de un brazo.
Una parte de él la quiere,
la otra parecería recordarle el accidente cardiovascular.
Bajo del auto para saludarla
le pregunto, “¿no venís?”
y ella, “no, no, vayan ustedes”.
Como si el hecho de que él se vaya
le recordara también que es un cuerpo
que puede no estar pendiente de otro
abrir y cerrar la heladera
el cajón de los cubiertos
sacar una cuchara chiquita o grande
tenderse en un sofá
vestida como le dé la gana

y saborear un helado, por ejemplo,
mirar una película
el techo
su vida
proyectada como una constelación de múltiples luces
en un cuarto oscuro
cuando no tiene que ayudar a nadie.

Mi marido primero cierra la puerta del lado del acompañante,
yo, la de atrás,
él abre y cierra la suya.
Luego se sienta, no se pone el cinturón
y las palabras saltan de un lado a otro
como en una caminata lunar
relajadas, asombradas.

Mientras dobla por la Avenida Scalabrini Ortiz
le pregunta a su amigo, “por qué no vino tu compañera”,
y él, “no sabía que estaban invitadas”,
mi marido, “pero si lo pregunté especialmente y el homenajeado respondió, es abierto
puede venir quien quiera”.
El amigo, “puede ser que sea como decís o
que creas haber leído algo que no sabemos si dijo,
mirá que a partir de los 70 años, ahí justo, se empiezan a olvidar cosas”.

Yo
les consulto, “¿y si soy la única que llega equivocada?”
Mi marido, “te quedás, no lo vas a pasar mal”.
No digo nada más pero sé que tiene razón.
Quiero vivir cosas nuevas
buenas o malas me da igual
a esta edad,
casi 50 años,
quiero dejarme llevar de la mano de las sorpresas
y soltársela a la repetición de las mismas voces
chistes
maneras de pensar
propias y de todas las personas y lugares que conozco.
Soy alguien que puede abandonar.

“Pero por qué
estamos dando tantas vueltas
si es acá no más”, pregunta el amigo a mi marido.
“Estoy yendo al bar”.

“A dónde.”

“Entendí que era en un bar”

“El de la casa, ¿vos te pensás que lo iba a hacer en este sucucho en una esquina cualquiera de Buenos Aires, siendo un momento tan especial?”

“Tenés razón, soy un boludo, me equivoqué”.

Casi llegamos,
mi marido estaciona el auto
en doble fila
baja del auto
abre la puerta del lado del acompañante
lo ayuda al amigo a sacar una pierna
le da la mano
hace fuerza hacia él
el amigo le pide, “sos el único que me da estabilidad, hoy estuve muy mareado,
no me sueltes por nada del mundo.”

Veo a dos hombres
uno de casi 70 y otro de 82
del brazo
ayudándose
entrando a un castillo real.

Llegamos

Exilio

Y, a medida que avanzábamos, no nos encontrábamos
con caras conocidas.
Había aproximadamente 10 mesas
al borde de una gran pileta iluminada en los primeros escalones.

En líneas generales las personas eran mayores
Sobresalían:
arrugas
bastones
una gama clara de pelo
sonrisas
asomadas entre copas transparentes
botellas de vino
y brazos que se pasaban platos, platitos, paneras y bandejas.

Sólo había una bebé entre todos los invitados

vestida con un conjunto verde seco
que se llevaba con las manos
la comida a la boca
cortada, pacientemente,
por quienes serían su padre y su madre.
Ambos la cuidaban.

Al final del recorrido
reconocí el exilio
por sus profesiones:
médico
bailarina
matemático
traductor
sus rostros, sus nombres verdaderos.

En ellos
nunca vi cansancio
vacío
ni aburrimiento
sino más bien el sonido
de un corazón que late
conforme a una ola
que oscila entre la orilla y la profundidad del mar.

Mesa

Nos hacen un lugar en una mesa
en la que están:
el amigo que llevamos en auto
otro que había visto el año pasado y no reconocí
una pareja de ancianos
dos hombres jóvenes sentados uno a cada lado.

Al amigo se lo veía contento
decía algo así como, “esto para mí es un milagro: la diversión.
Desde el accidente ya no puedo
salir
disponer de mi cuerpo
reír cuando quiera”.

A quien no reconocí fue a un hombre
porque el año anterior lo había visto
con la cabeza gacha

preocupado
toda una noche
buscando un celular.
Esta vez estaba atento a las palabras de los demás.

La pareja de ancianos
estaba compuesta por
una mujer con el pelo blanco, vestido azul y la voz finita.
El hombre que estaba a su lado
con pelo gris, una chomba, también, azul y los ojos cansados y asombrados.
Sin tocarse en ningún momento la mano
mirarse
ni intercambiar palabras
estaban mimetizados
por el color de sus ropas
sus brazos y sus pechos simulaban colas de las sirenas.

Los jóvenes no hacían más que sonreír
como si fueran amigos de toda la vida
o dos personas que recién presentadas
encuentran en el otro un sendero
mágico que no conocían.

Ajedrez

El hombre a quien no recordaba
presenta a la pareja de ancianos:
ella es la sobrina del destacado ajedrecista argentino
“contanos”, le pide, “¿cómo era, alguna vez jugaste con él, te enseñó, te gustaba?”
y ella, “me hice famosa gracias a su nombre, jajaja, pero la verdad
es que a mí nunca me interesó.”
“Es que es un juego hermoso y jodido
las cosas tienen que estar claras desde el principio
una buena estrategia te puede hacer perder a un amigo”
comentó quien le preguntó.

El amigo de marido
dice algo así como, “a mí me encanta
pero ya no juego con tiempo
me pone muy nervioso
a esta edad el reloj me descompone”.

Marido,
“yo juego en la aplicación

con bots
ayer, mientras bajaba una escalera
me dio una puntada en el pecho
y me asusté, el corazón no es una máquina”.

Joven uno,
“miren lo que tenemos ahí
juegos para después
yo no sé si el cumpleaños
los puso como decoración
para que jugáramos quienes sabemos
para llamar la atención de quienes no
o para que les enseñemos a los invitados
a partir de una demostración”.

Joven dos,
“la verdad es que a mí
me gusta a veces.
No entiendo el porqué de los vaivenes”.

Presentaciones

Joven uno
propone que todos nos presentemos
así nos conocemos
pero a partir de un acertijo
que consiste en adivinar
a qué se dedica cada uno.

Comienza hombre que presentó a los ancianos,
“trabajo con máquinas del siglo XIX
que recién en el XXI forman parte de una carrera universitaria,
les doy una pista: UNSAM”.

Joven dos,
“trabajo al aire libre con un teléfono celular
lo que están por comer antes pasó por mí”.

Marido,
“me gusta la historia
la naturaleza
la política
trabajo en la Ex Esma
quién soy”.

Amigo,
"yo estudié en Córdoba capital
hace muchos años atrás
una carrera que precisó
el país
para desarrollarse".

La anciana no dice nada
nadie le pregunta.

A mí, tampoco.

Familia

Como estoy sentada al lado de hombre que el año pasado andaba con la cabeza gacha
le pregunto si se fue o se va a ir a algún lugar de vacaciones.
Me responde que sí.
Que recién este año puede.
Después de muchos que no.
Por falta de dinero y tener que mantener una familia extensa.

La primera vez se casó con una mujer con la que tuvo tres hijos.
Con la segunda tuvo una.
En total tiene cuatro
que se llevan hasta ahí.
Los del primer momento
tienen una comunicación de la que queda afuera
la hija del segundo.
Su actual mujer entiende, respeta y reprimina
que esté todo el día yendo y viniendo
detrás de los pedidos de los chicos que, a su vez, tienen los propios.

"Es la primera vez que los llevaré a Brasil.
A todos juntos.
Donde sea.
Quiero festejar la culminación de un tratamiento
de una enfermedad que me tuvo muy angustiado".

"Lo que me pone un poco mal,
es hacerlo
con el dinero de la venta de la casa de mi madre y de mi hermana
que estuvo mal diagnosticada."

“Además de viajar
quiero remodelar mi casa.
Es un desastre
tantos años sin poderle hacer nada.”

Empleada

Escucho a una mujer sentada en otra mesa
que dice algo que me enseña,
“a partir de los 40 años
todos los domingos preparo un carrito con:
mate
galletitas
sandwichitos
y cerveza
y me voy a Tigre
a pasar la tarde”.

“Me llevo un libro
y leo hasta que tengo ganas
por qué tengo que leer de a poco
si puedo ir más rápido
en mi día libre
hago lo que quiero”.

“Mi hijo más grande es muy celoso
actúa como si fuera mi marido
desde que su padre murió
y me pregunta todo, “cómo vas a llevar alcohol, por qué te vas sola, a qué hora volvés”.
Yo no le digo nada.
Si le respondiera algo sería darle la razón”.

“Mucho gusto, no nos presentamos, soy la empleada doméstica
del cumpleaños
desde hace 25 años”.

“Cuando mis hijos crecieron aprendí
tantas cosas...
en las que puedo me anoto,
por ejemplo, artesanía
te voy a mostrar una foto
espera que la encuentre
¿ves?
Esto hago yo

gracias a mi profesora
reciclo lo que ya no va más,
esta bandeja oxidada negra
mirá cómo quedó
dorada repleta de flores lilas y turquesas.
O esta taza sin asa convertida en lapicero
por donde vayas
observá
la cantidad de cosas que piden cuidado y atención”.

Cantamos el feliz cumpleaños y al hombre de 70 años se lo ve feliz.

Uno de los invitados grita:
“Que hable, que hable, contanos quiénes estamos acá”.
Y él, “gracias a todos por haber venido:
a mis compañeros de la primaria
a los de la secundaria
a los de la militancia
a mis socios
a mis compañeros de trabajo
a mis hermanas
mis sobrinos
mis primos
mis amigos de ajedrez”.

Todos lo aplaudimos.

De postre sirvieron almendrado y copas de champagne.

Antes de irnos, el amigo al que debemos llevar a su casa
me dice, “cada vez que suena *Tammy is in love*, me acuerdo de vos”.

Cancheros

En la primera mesa hay cuatro hombres sentados
bronceados
con sus dientes relucientes
los ojos inclinados hacia los costados
levemente aburridos
en busca eterna de distracción.
Al pasar al lado de ellos y dejarlos atrás, el homenajeadó comenta, “estos son unos
cancheros”.

Volvemos

Lo ayudamos al amigo a caminar hacia el auto
que está estacionado a una cuadra
y, sin embargo, dice que puede caminar si está acompañado.

En el trayecto comenta,
“qué lindo estuvo,
si la vida siempre fuera así,
qué distinto sería todo,
hasta la enfermedad”.

Y sigue,
“yo siempre fui alegre
me encanta estar con gente
me transformo
paso en un abrir y cerrar de ojos
de estar frente a la tele
a sentir que estoy en una playa
de estar pendiente de mis dolores
a olvidarlos
de regañar por cada cosa que no puedo hacer
a charlar y disfrutar”.

Estacionamos el auto en la puerta de su casa
Marido lo ayuda a bajar
y como si fuera un pájaro nocturno
da pequeños saltitos hasta llegar a abrir la puerta del edificio.

Es bastante alto
como si hubiera crecido
conforme a los años del invitado recién llegado.

Rumbo a casa

Se me vienen a la mente nombres de autorxs de libros
que se editaron en la década en la que nací
y mi marido luchó.

Cuántos faltan criadxs en este continente

de cuántas procedencias distintas
profesiones, oficios y haceres.

Por un mundo que está por venir
¡esperamos contar con tu presencia!

“Si hay rebelión es porque hay mentira, injusticia y violencia.”**
“Se puede rechazar toda la historia y aceptar, no obstante, el mundo de las estrellas y del
mar.”***
Albert Camus

**Camus, A. (1978). El hombre rebelde. p. 264. Buenos Aires: Losada.

***Camus, A. (1978). El hombre rebelde. p. 257. Buenos Aires: Losada.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech

www.instagram.com/ediciones.presente